

En fin, á las seis oyéronse los cascabeles y campanillas de los caballos, que sonaban alegremente, como anunciando la fiesta; el bello Fernando, que no se había presentado desde que acabó el almuerzo, acudió radiante, y en una nube de polvo se detuvo el *break*, apareciendo las más animadas figuras que pueden imaginarse, y estallando tumultuoso vocerío de saludos y exclamaciones.

Mujeres elegantemente vestidas de viaje, bajaron del coche ligeramente, dejando ver sus medias de seda en una nube de enaguas blancas. Los hombres, con la roseta en el ojal, bajaron después. Hubo abrazos, besos, apretones de manos. Y la señorita de Croix-Mort, sola, relegada á un sitio apartado, vió el castillo ocupado por aquellos bulliciosos invasores, que se esparcieron por las escaleras, los gabinetes y los salones, con ruido, con canciones, con risas, que los ecos de la vieja residencia señorial repetían asombrados.

Edmea, desde aquel momento, comprendió que ella era la que se podía considerar una extraña en su propia casa.

## X

Los dos meses que pasaron después de la llegada de la primera tanda de convidados, á la que siguieron otras, produjeron en Edmea el efecto de un sueño. Podía figurarse que había dormido, y que durante su sueño había desfilado por delante de sus ojos una turba estraña en una decoración hecha expresamente para las circunstancias, porque no reconocía el castillo donde había sido educada, y cuyo aspecto había cambiado completamente.

Durante sesenta días, no había cesado allí el movimiento, un ruido, una fiebre de que no se tenía idea en Croix-Mort. Todos los días cambiaban de sitio los muebles, según el capricho de los momentáneos habitantes del palacio. Y el piano era llevado de una parte á otra, habiendo ocupado sucesivamente todos los sitios del salón, el testero, los ángulos, delante de los balcones...

De la mañana á la noche se hablaba, se cantaba, se corría, se galopaba, se cazaba, se co-

mía, se bebía, y luego se bailaba, algunas veces hasta las dos de la madrugada, después de haber pasado el día en activo movimiento en el campo... Era preciso ser de hierro para poder soportar semejante existencia, y Edmea comprendía que su madre, en un año, hubiera perdido su belleza, su frescura y su salud, y pareciera que ya no se repondría del cansancio de tal vida en todos los días de la suya.

Por lo demás, Regina no tomaba una parte activa en las diversiones de aquella gente tan alegre. Seguía de lejos, en coche, cuando los demás iban á caballo; sentada cuando bailaban, y oyendo cuando hablaban ó cantaban. Porque no todos eran brillantes é inútiles fantoches.

Edmea, en medio de las sombras de sus recuerdos, un poco confusos, veía de pie, delante del piano, una encantadora mujer, muy morena, con ojos como diamantes negros, artista consumada, cantando, acompañada por el gran compositor Roudaire, autor de *Los Bohemios*. Oía á los dos, iluminados por el sagrado fuego de la inspiración, diciendo el admirable dúo:

“Enfants de Bohème, à travers l'espace  
Notre caprice nous conduit.  
Nous suivons l'amour qui sourit et passe;  
L'oiseau qui chante et qui s'enfuit.”

Y en su oído, la voz hermosa y apasionada de Roudaire, emitida con un arte prodigioso, resonaba deliciosa, mientras que las vocalizaciones de la cantante caían esparcidas como perlas sonoras en el fondo de un gran vaso de cristal. Veía la ancha frente, la barba gris del músico, y sus ojos fijos, mirando á lo alto, como en éxtasis ante una visión divina.

Tenía entonces Edmea sus momentos de duda. Hechizada por aquella música sublime, se preguntaba si aquellos hombres y aquellas mujeres, que se gastaban en una existencia de incesantes placeres, no eran, después de todo, los verdaderos sabios, procurándose goces deliciosos en su intimidad con los artistas de más renombre. Pero le bastaba pensar un momento para comprender que los artistas que oía no eran más que pájaros de paso, que se detenían por algunas horas en tan brillante y culta compañía, volviendo luego á continuar su trabajo. Para ellos era un exceso, mientras que para los que los rodeaban era lo ordinario, lo de costumbre, aquel incesante afán de placeres.

Alejábanse los artistas, huéspedes de un día, y cesando la influencia del prestigio de su talento, que había mantenido á toda aquella sociedad bulliciosa en admiradora quietud, volvían las cabalgatas á animar los bosques, con-

fundiendo con los verdes matices sombríos de los arbustos el rojo de las casacas de los cazadores y el azul de las amazonas. Resonaban las trompas de caza, y en los sitios más oportunos de cada uno de los cuarteles en que se dividía el monte, se disponían *lunchs* espléndidos rociados de vino de Champagne, y la alegría lo invadía todo, con sus gritos y sus carcajadas, perturbando la dulce paz de los pájaros en las ramas y en los nidos.

Otras veces se daban batidas, en busca de caza mayor, y sonaban los disparos, como si una numerosa guarnición estuviera haciendo ejercicio de fuego. Y Billet, embutido en su uniforme verde con vivos amarillos, adornado con un traje de máscara, como él decía, pasaba rojo, arisco, de un humor de los diablos, gritando en pos de sus batidores, que marchaban mal, "como un rebaño de torpes animales," y dejaba que la caza se fuera, en vez de llevarla á tiro de las escopetas de los convidados del "señor Barón."

Por la noche, veinte personas comiendo: los hombre de frac y corbata blanca; las mujeres escotadas; el gran comedor iluminado á *giorno*; brillante la plata, y los criados graves, sirviendo silenciosos, embriagados con el olor de los exquisitos manjares y de los ricos vinos. Y después, para poner término á la extenuante jor-

nada, el vals, que ponía á las mujeres bellas, alegres, y más desnudas que vestidas, en los brazos de los galanes, dando vueltas con infatigables pies, y sonriendo con miradas acariciadoras. Los maridos, en el gabinete, jugando al *poker* ó el *besigue chino*, animándose ó desalentándose, con verdadera placidez, mientras los jóvenes decían chicoleos á las señoras.

Enmedio de este tumulto, de esta feria, Edmea iba de un lado á otro, ayudando á su madre, muy reservada, sin bailar, tratada por todos con cortesía, pero con indiferencia, como una persona poco interesante, procurando mantenerse firme enmedio de aquella confusión, y dejando pasar la turbulenta ola, sin que llegase á rozarla siquiera.

El castillo parecía haberse convertido en una hostería elegante mundana. Cada tres ó cuatro días cambiaba el personal, y sucesivamente se oía toda clase de acentos. Al fin, en Noviembre pareció agotado el manantial que producía tal variedad de convidados, y fueron pocos los que vinieron; todas las amistades, todos los conocimientos, todas las relaciones habian dado el contingente posible de convidados, y Croix-Mort se encontró un día vacío, silencioso, sin el mariposeo, ni el ruido, ni la algarazara de la víspera, como, después de la fies-

ta, el esqueleto de los árboles de pólvora en la plaza pública.

El frío, aquel año, había sido muy precoz. Las heladas habían producido la caída de todas las hojas, y los arbustos aparecían negros, azotados por los ásperos vientos que sacudían las ramas secas con un ruido lúgubre. Los parterres amarilleaban y los rosales se despojaban de sus flores. La lluvia caía frecuentemente menuda y helada. Y en las chimeneas ardían los grandes troncos de peral, reservados para las habitaciones de las señoras.

Después de la excesiva animación, el profundo silencio del castillo, la gravedad sombría de la naturaleza, debían impresionar y hacerse notar más. Una especie de opresión pesaba sobre los Barones y sobre la misma Edmea. Los ojos y los oídos se acostumbran, á la larga, al movimiento y al ruido, y el súbito cambio causa estupor. Se produce la sensación del vacío. Se busca alrededor con inquietud, como si faltara algo. La costumbre era evidente que se había impuesto, y lo que al principio parecía insoponible, se echaba luego de menos cuando había concluido. En aquella vasta residencia, los tres habitantes parecía que se habían perdido, y se buscaban, como después de un naufragio los sobrevivientes dispersos en un islote desierto.

Regina y Edmea encontraron pronto su equilibrio. Organizaron su modo de vivir, y hallaron otra vez en la calma absoluta las más vivas satisfacciones. Pero Fernando, durante algunos días, parecía como un cuerpo sin alma. Se asemejaba á un perro extraviado que huele el aire en todas direcciones, en su afán de encontrar la huella de su amo. El amo de Fernando era el placer, que para largo tiempo se había alejado.

Sin embargo, pareció al fin conformarse con la soledad. Procuró distribuir su tiempo de manera que no le sobrara nada. Expresó á su mujer el deseo de que ella y Edmea se asociaran á sus distracciones, y lo pidió de un modo tan gracioso, que era difícil negarse á complacerle.

Su manera de ser respecto de Edmea se modificó sensiblemente. Le prodigaba grandes consideraciones y delicadas atenciones, como si tuviera empeño en serle agradable. Se acercaba á la joven cuando ésta se hallaba en el salón, se instalaba cerca de su silla, y conversaba con aquella; es decir, él se lo hablaba todo. No perdía jamás ocasión de dirigirle una galantería. Todo lo que ella hacía ó decía le parecía admirable. Usaba con ella una familiaridad cariñosa, que era á la vez propia de un hermano ó de un enamorado.

Á Regina le parecía encantadora esta intimidad; estaba muy contenta de lo que llamaba la amabilidad de su marido, y reprendía á Edmea, que recibía sus obsequios con una frialdad que se parecía mucho á la hostilidad.

—Querida mía—la decía Regina,—no eres razonable; no agradeces á Fernando los esfuerzos que hace para obtener que le trates con benevolencia. Tu actitud, hija mía, es muy inconveniente. Estás en edad de comprender que es preciso olvidar lo pasado y desechar tus prevenciones. ¿Qué quejas tienes del Barón? ¿De qué le puedes culpar ahora? ¿No es amable contigo?

Edmea, estrechada en sus últimas trincheras, frunció su entrecejo, y con acento duro contestaba:

—Demasiado amable, y eso me desagrada.

—Tú no puedes cambiar su carácter, y hacer que un hombre que ha dedicado toda la vida á la galantería y á la buena sociedad, deje de ser galán y cortés súbitamente, y sea hurafío y frío. Podría muy bien no hacer ningún caso de tí, y cuando se afana en obtener tu simpatía, tú te ingenias para desairarle.

Edmea inclinaba la cabeza sobre su labor, y no decía nada. Pensaba, en su conciencia, que el hermoso Fernando se ocupaba demasia-

do en procurar agradarla. Había en la actitud de su padre político un fondo de osadía que la alarmaba un poco. Sin embargo, para complacer á su madre, se esforzaba en mostrarse menos arisca. No se retiraba ya temprano por la noche, como había hecho siempre. Quedábase en el salón, y dibujaba en su álbum, siguiendo el capricho de su imaginación, con una facilidad extraordinaria.

—Tiene Ud., verdaderamente disposiciones muy felices—le dijo una noche el Barón;—y será preciso que tome Ud. lecciones de un buen maestro este invierno en París.

Edmea se puso un poco encarnada, y sin levantar la cabeza, observó:

—No hay más que una dificultad para eso; y es que este invierno estaré en Croix-Mort, como los inviernos pasados.

Fernando protestó inmediatamente. «¿Cómo! —decía:—¡pensaba en continuar separada de su familia, y encerrada en su tebaida! Era imposible.

Había que pensar en el porvenir, y no vegetar en un rincón de provincia. Reflexionaría y modificaría su determinación. Su puesto era cerca de su madre. Él, por su parte, se consideraría feliz acompañándola en la sociedad, en la que, tan bella como era, obtendría gran-

des triunfos. ¿No debía ser él, el marido de su madre, su caballero?»,

Oyendo á Fernando prometerle esta intimidad, Edmea sentía una invencible repugnancia. ¿Era posible que viviera al lado de aquel hombre, en una casa de París, cuando no se creía bastante separada de él en la vasta residencia de Croix-Mort?..

Fernando se acercó á ella á pretexto de procurar convencerla, y le cogió la mano. Edmea quiso retirarla; pero él la tenía bien asida. La hablaba á media voz, y su aliento le acariciaba el oído.

Edmea sintió súbito malestar. Había en la actitud de Fernando algo obscuro que la atormentaba. No se daba cuenta exacta de sus sensaciones, pero sentía un vago temor. Se levantó de pronto para desasirse, y, despidiéndose de su madre, se retiró.

Para respirar con libertad, la señorita de Croix-Mort había vuelto á hacer sus excursiones campestres, y una de las primeras que hizo fué á casa de su amado Párroco. Fué á la rectoría, y el buen hombre recibió con entusiasmo á la que llamaba siempre hijita de Dios.

En presencia del prudente y bondadoso anciano, Edmea respiraba libremente, y desechara de su imaginación las dudas y los temores

que frecuentemente la inquietaban. Llegaba á casa del Cura después de almorzar; encontraba á su amigo leyendo su Breviario, y le distraía de su piadosa ocupación. El Cura se recogía un poco la sotana por un lado, se ponía su ancho sombrero, y salía con la joven, hablando como siempre, visitando á los pobres, y recobrando ambos la alegría, tan lamentablemente interrumpida por las recepciones de otoño. No había sido posible llevar al sencillo y digno clérigo á aquella fiesta continua y desordenada. ¿Cómo había de mezclarse lo sagrado á lo profano? El excelente hombre, que no desdeñaba ciertamente las buenas comidas, las había echado de menos durante aquel tiempo; pero habíaorado por la salvación de todos aquellos locos, y les había perdonado cristianamente el trastorno y la privación que le causaban. En venganza, bromeaba con Edmea, aludiendo á la participación de la joven en el desorden habido en el castillo.

—¿Habrás Ud. acaso comprometido gravemente su salvación, hija mía? — le preguntaba.

—No, señor Cura—respondía Edmea con tranquilidad.—Todo lo que se ha hecho en Croix-Mort era frívolo, pero no culpable.

—Sin embargo, la gente del país dice que en

las cacerías se veían señoras vestidas de hombres: ¿es eso posible?

—Con falda, señor Cura, con falda un poquito corta para más comodidad, pero todo muy decente, se lo aseguro á Ud.

—No es menos cierto, mi amada señorita, que era un desorden y una falta de modestia muy chocantes... Las mujeres no deben hacer lo que sólo es propio de hombres.

Edmea sonreía maliciosamente, y para poner en aprieto á su excelente amigo, le preguntaba:

—¿Y Juana de Arco, señor Cura?

—¡Oh! ¡Juana de Arco!—exclamaba el clérigo.—Juana de Arco procuraba la salvación de la Francia... Diga Ud.: ¿le parece que combatir contra el enemigo nacional, por orden de los santos del paraíso, es lo mismo que asesinar inocentes animales?...

—Que son muy buenos para comerlos.

—Eso sí, lo confieso—replicaba el Cura riendo.—¡Ah, hija mía! Ud. me echa en cara las flaquezas de mi naturaleza miserable... La gula es un gran pecado...; un pecado capital que muchas personas cometen, y que Dios, así lo espero, será misericordioso, y lo perdonará...

Y hablando, discutiendo y riendo, el viejo

y la joven pasaban la tarde, yendo de casa en casa para consolar á los afligidos y socorrer á los pobres.

Frecuentemente, al volver encontraba Edmea á Billet, que con su olfato de sabueso había olido que la señorita estaba de paseo, y la esperaba escondido entre la maleza del bosque. Salía á su encuentro, como por casualidad, y cuando le decía que volvía de pasear con el Párroco, levantaba los robustos hombros, y gruñía como un jabalí. Un día no pudo disimular sus celos.

—La señorita—dijo—ya no tiene gusto en que yo la acompañe en su paseo. Todas las preferencias son para ese *negrillo*, que no la ha cuidado, ni la ha acompañado, ni la ha mimado cuando era niña, como yo lo hacía... Pero ya sé yo lo que hace la religión... Esos curitas dan á los cristianos un filtro para que los quieran...

—¡Serás animal, Billet!—le dijo Edmea, poniendo amistosamente la mano sobre el hombro del guarda.—Bien sabes que voy á ver á los pobres con el Párroco, y que estamos él y yo unidos por el vínculo de la caridad. Le estimo y le respeto, es verdad, porque él es quien me ha instruido, y ha sido muy bueno para mí; pero no le estimo más que á tí, lobo salvaje...

—Eso, eso me gusta que me diga la señori-

ta—respondió el guarda, con los ojos tiernos.—Es que, mire Ud., Juan Billet se dejaría romper los huesos por Ud... con muchísimo gusto. Y si alguno llega á intentar hacer á Ud. algún daño, no tiene Ud. más que decírmelo, y...

Edmea sintió una súbita angustia en su corazón. Fijó sus ojos con inquietud en el guarda, preguntándose si habría leído en su pensamiento para responder tan directamente á sus íntimas preocupaciones.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó.—¿Sabes tú de alguno que se proponga algo contra mí?

—¡Yo!... No sé; pero aquí estoy yo, que tengo buenos ojos,—respondió Billet, sin querer explicarse más.

Fijó en la joven una tierna mirada de perro leal, y echándose la escopeta á la espalda, tomó el camino de su casa.

Los paseos de la señorita de Croix-Mort empezaron á contrariar singularmente al Barón. Habló de esto á Regina, que reprendió cariñosamente á su hija, porque se separaba de ellos, y se iba á corretear sólo por el campo.

—Voy á ver á mi amigo el Párroco. ¿Hago mal en eso?

—No, ciertamente; y si quieres verle, le invitaremos á comer el domingo; creo que á él le será muy agradable venir.

—¡Ah! ¡Ya lo creo!...—replicó Edmea, comprendiendo que había de ser una satisfacción para el buen hombre comer en el castillo.—Pero los paseos en que él me acompaña son muy saludables para mí.. Hace mucho tiempo que no paseaba, y ese ejercicio conozco que me prueba bien.

Entonces Fernando zanjó la dificultad proponiendo paseos á caballo. Recordaba que en otro tiempo la niña montaba gallardamente sobre los mulos de la labranza..., y manifestó tendría gran placer en acompañar á madre é hija, porque, seguramente, Regina querría ser de la partida. No se trataba de carreras á galope tendido como las de algunas semanas antes, sino de un ejercicio prudente y moderado.

La Baronesa no se atrevió á negarse al deseo de Fernando; acaso le sería grato volver á recorrer con su marido los bosques que otras veces habían recorrido juntos, entretenidos en tiernos coloquios. La pobre no vió nada extraño en este súbito afecto de Fernando á Edmea. No se dió cuenta de que el Barón comenzaba á usar con la hija la misma conducta que había seguido con la madre. No le ocurrió la más leve sospecha. Pensaba tan poco en el mal, que si alguien le hubiera llamado la atención



sobre la extraña actitud de su marido, la hubiera indignado, pero no la hubiera alarmado.

En cuanto á Fernando, debe decirse que no tenía tampoco ideas muy claras sobre el camino que había emprendido. La atracción que experimentaba era instintiva é involuntaria. Llevado de la costumbre, inveterada en él, de ocuparse en la mujer, no bien hallaba alguna á su alcance, hacia la corte á Edmea, sin intención maligna, porque era joven y bella, pero principalmente porque ella hacia todo lo posible para hacerle comprender su antipatía. No había cálculo, y esta era su excusa, en las galanterías que prodigaba á su hija política. Seguía el instinto de su naturaleza, y si le hubieran preguntado de pronto:—“¿Pero va usted á tener el valor y la osadía de perturbar el corazón de esa joven?...”, hubiera protestado con horror.

Existe verdaderamente una especie de velo sagrado que envuelve á la joven y la defiende contra el cinismo de los pensamientos y la osadía de los actos. Fernando había resuelto friamente la conquista de Regina; era una distracción de calavera desocupado, y una especulación de hombre de mundo arruinado. Pero respecto de Edmea, estaba exento de toda premeditación.

Se dejaba llevar de un tierno sentimiento que no se le ocurría analizar, y consideraba que era amistad lo que ya era amor. Aquel *Lovelace* de profesión, obraba, en semejante circunstancia, con sencillez. Se abrasaba él mismo, sin advertirlo, poco á poco en la llama que tenía costumbre de avivar tan habilmente. El fuego le tenía dentro de sí mismo, y allí debía bullir sordamente hasta el día que una circunstancia imprevista le hiciera estallar terrible y asolador.